

POR FLORENCIA ÁLVAREZ

TRAVESÍA DE SANACIÓN

El niño de los caballos, de Rupert Isaacson, cuenta la desesperación de un padre que viaja hasta Mongolia para rescatar a su hijo del autismo



A RUPERT ISAACSON y a su mujer, Kristin, se les oscureció la vida cuando descubrieron que su hijito de tres años, Rowan, era autista. El pequeño no era capaz de hablar, no sabía contestar preguntas utilizando el sí o el no, sufría de incontinencia y no tenía la capacidad de hacer amigos. Pero lo peor eran sus berrinches y obsesiones. A Rowan le daban ataques de alaridos acompañados de movimientos convulsivos. En oportunidades, seis veces al día. “Según los especialistas, los cerebros autistas tienen más células nerviosas que los cerebros ‘neurotípicos’. Una simple ráfaga de viento podía abrasar a Rowan como un lanzallamas”, explica su padre.

Nadie quería cuidarlo; debía asistir a una escuela especial y someterse a toda clase de tratamientos que nada hacían por su mejoría. A sus padres se les dificultaba hasta el hecho de trabajar ya que la mayor parte del tiempo estaban pendientes de su hijo.

Isaacson es escritor y periodista. Viajaba por el mundo confeccionando guías turísticas e investigando sobre culturas remotas. Trabajó en África y en Kalahari conoció a los últimos bosquimanos que todavía viven en su forma tradicional. Allí presenció increíbles sanaciones chamánicas que fueron el leitmotiv de su libro *The Healing Land* (*La tierra sanadora*). Es inglés, su madre es sudafricana y su padre oriundo de Zimbawe.

Conoció a Kristin en la India, vivieron un tiempo en Inglaterra y luego se instalaron en Austin, Texas, en una zona de ranchos rodeada de naturaleza, lagos, prados y bosques.

Una tarde, cuando Rupert paseaba con su hijo, vio espantado cómo Rowan salía corriendo, pasaba por debajo de un alambrado e iba a parar en medio de una manada de caballos. Justo a los pies de Betsy, la yegua alfa, líder de la manada. Rupert había trabajado mucho tiempo entrenando caballos y sabía muy bien que cualquier movimiento podría provocar que la yegua pisoteara al niño. Pero sucedió todo lo contrario, Betsy se había sometido completamente ante Rowan. Su padre se dio cuenta que entre la yegua y su hijo había una increíble conexión. Desde ese día la montaron a diario y lo sorprendente es que Rowan comenzó a pronunciar frases coherentes, aprendió el abecedario y se interesaba por lo que veía. Rupert no paró: “Me pregunté si no existía la forma de combinar ambas cosas, los caballos y la sanación a través del chamanismo. ¿Había algún lugar en el mundo que aunara los caballos y la sanación en el centro de su cultura?, se pregunta en su libro *El niño de los caballos*. Lo había. Mongolia es el lugar donde el caballo fue domesticado por primera vez y la palabra chamán que significa “el que sabe” nació en Siberia, que linda con la parte septentrional de Mongolia.